

## MOTIVACIONES LITERARIAS DE LANZAROTE\*

Rafael Arozarena

\* Conferencia del autor en la Escuela de Magisterio de Las Palmas, el 11 de diciembre de 1985.

El día 20 de abril del año 1933 el escritor, mejor decir el poeta o taumaturgo del verbo, Agustín Espinosa, dejaba caer unos dados sobre su mesa de conferenciante para jugarse media hora de prodigios surrealistas ante un público ávido de hallar en las palabras del poeta charlista las claves definitorias sobre la humanidad y el arte del pintor José Jorge Oramas. Ocurrió esto en Las Palmas de Gran Canaria, en el Círculo Mercantil, que también abría sus puertas a la cultura gracias a los buenos oficios y siempre loable visión de sus socios directivos.

Y tuvo suerte Agustín Espinosa. Tuvo una suerte endiablada con los dados ya que, entre asombrado y temeroso, pudo contemplar atónito cómo surgía ante sus propios ojos el póker de corazones que pretendía para su amigo el pintor.

Yo no voy a repartir aquí el mismo juego. En primer lugar nunca me ha socorrido la suerte y, por si esto no bastara, tampoco soy maestro de la magia, ni conozco los trucos del tahúr. Porque sepan ustedes que los dados de Agustín Espinosa estaban apañados desde cinco años antes, cuando el propio poeta nos dice: “Yo mismo he hecho jugar a mi Lancelot a los dados”. “Dados del mismo cubilete, las casas de Mozaga y de Nazaret”. “Empuñó el cubilete y lanzó los dados al aire”. “Dados del cubileteancelótico”. Nos confiesa. Dados, digo yo, que no son otros que las casas de todos los pueblos de Lanzarote, cubos blancos de cal que en todas sus caras muestran el corazón.

Y así, sí. Que gana Lancelot o Lanzarote el amor vertiendo y tomando corazones en su mágico cubilete. Y no otra cosa es lo que hacemos los poetas y la isla, y la isla y los poetas.

He traído para esta ocasión un objeto que estimo surrealista y que me va a permitir indagar un poco en el misterioso “canto de sirena” que surge de la isla de Lanzarote y atrae a esas latitudes de la soledad a múltiples investigadores del espíritu, ya sean poetas, filósofos, pintores o novelistas.

El objeto en cuestión es una simple caracola, una trompeta de Neptuno, o mejor, como seguramente la hubiese definido en sus greguerías el también surrealista y agudo escritor Ramón Gómez de la Serna: “Un teléfono que nos comunique con el fondo”. Porque es el fondo —y no sólo del mar, sino de la isla y otras emociones— lo que pretendo sacar entre las redes de esta charla, para sugerir a ustedes el porqué de mi vocación, y la de otros muchos creadores literarios y artísticos, hacia la isla de Lanzarote.

Intentaré traducir —mal traducir, claro— para ustedes, toda esa conversación del silencio que a través de los años he venido escuchando por esta curiosa y fantasmal telefonía de la gran concha Caronia. Habla el mar y la isla. El poeta y el narrador. Hablan todos de la soledad, de lo profundo, del espacio interior, lo íntimo y la nada, la sed, la muerte o la Belleza y la paz.

El mago y el poeta, o ambas cosas, se interna isla adentro para efectuar su ilusionismo, dar rienda suelta a su prestidigitación, hacer sus juegos con el fuego, encender pasiones o cambiar palmeras por girasoles y molinos. Algo más también: purificar la belleza de la mujer o ennoblecer la simplicidad del hombre y el paisaje.

Escuchen ustedes esta voz que interfiere ahora, la voz de Rafael Arozarena —sorprendentemente la mía— que trata de suprimir la isla de un plumazo:

La isla no existe, digo.  
La isla es sólo una disculpa  
tapándole un roto al mar.  
Es el mar quien penetra por mi vida  
como un bosque infinito de murmullos.  
Es el mar quien ahoga mi voz.  
Es la luz,\* esos peces encendidos  
que han cegado mis ojos.  
Es la mar y la luz.  
Y yo ciego y sin palabras.  
¿La isla? ¿dónde está la isla?  
Sí, hay algo que es un hueco  
y yo en el fondo con mi sombra  
y una música que no saldrá jamás.  
Acaso yo sea la isla,  
acaso yo quiera ser la isla.  
Pero la isla es pequeña.  
La isla no existe.

Y es cierto que la isla no existe. Al menos en esa ubicación que le han dado los cartógrafos entre los 28° de latitud Norte y los 7° de longitud Oeste del Meridiano de San Fernando.

Para aquéllos que simplemente enfilen la proa en esa dirección la isla permanecerá “non trubada”. Pregunten si no a los pescadores en la mar, que ellos saben de sobra que la isla de Lancelot se encuentra en el interior de un trasmallo, tejida con los meridianos del alma.

Y de risa parecerá a ustedes un camello atrapado en la red. Porque algunos, los más, han oído decir a escritores y poetas, que la isla es como un camello:

## MOTIVACIONES LITERARIAS DE LANZAROTE

Lanzarote amarillenta  
como un camello africano.  
Sobre tus gibas de fuego  
mi corazón cabalgando.

Así dije yo mismo cuando al mirarla de soslayo surgían ante mis ojos sus montañas como jorobas, petas suaves y apergaminadas, tan similares a las que Unamuno encontró en Fuerteventura.

Pero hay más, porque la isla ha sido vista por otro poeta como un caballo. Dice Espinosa que Lanzarote "tiene la forma de un caballo marino en actitud de saltar un obstáculo: las patas delanteras encogidas aún bajo el vientre, preparándose la distensión que producirá el salto futuro; las patas traseras reciamente apoyadas sobre un paralelo. El caballo Lanzarote mira hacia Africa. Su cabeza la adelanta sobre el obstáculo azul que de la meta africana le separa". Bien por Agustín Espinosa. Aunque el caballo podría ser árabe, cuando menos, oriental, como las cúpulas bizantinas de Tinajo. Por lo pronto, se trata de un caballo marino, ultramarino, diríamos mejor, que se prepara para "un gran salto heroico sobre el Océano". Se le puede ver si nos colocamos de puntillas, se le puede sentir porque es el viento que mueve palmeras y molinos, infla las velas de las barcas del pescador, es Lanzarote resoplando su futuro, la isla industriosa saltando hacia el progreso.

Y miren ustedes por donde, aquel futurismo del poeta se ha hecho presente, se ha colado de rondón en nuestras cuadras de la utilidad y hoy podemos galopar sobre su silla por estos ruedos del sol para ponerle una pica al tiempo.

Y es a lomos del aire, en manos del viento, que vislumbro la nueva imagen de Lanzarote. Vista así, desde arriba, sobrevolada, la isla no es camello ni caballo, que es paloma. Miren si no en el mapa y podrán ustedes descubrirla posada en el mar, con el pico sumergido por la sed y las patas recogidas, ocultas en su plumón. Y es columba y no gaviota, paloma escapada del gran palomar de Picasso. Símbolo de la Paz y símbolo del mejor de los surrealismos del hombre: el espíritu.

Colocada en el pecho azul del Atlántico parece ahogada en un sentimiento marino, trasfondo de pájaro náufrago, que se balancea en la soledad, entre la vida y la muerte. Acaso encontraremos aquí el origen y conducto, principio y camino inspirador para la singladura de los narradores que se han ocupado de la isla.

La soledad entre la vida y la muerte, la lucha por la existencia, es tragedia que recarga sus tintas dramáticas en el mar. Suceso propio o constante premonición, el naufragio es el ave de susto que sobrevuela siempre la cabeza y el corazón del marino.

Y curioso es que el naufragio sea un tema más propio de narradores que de poetas. Será, me he dicho yo mismo, que la poesía se hace con alas y la prosa tiene que hacerse con remos. Lo cierto es que en la literatura habida sobre

Lanzarote, los novelistas mojan la pluma en el mar y los poetas secan sus poemas con las arenas del interior isleño.

Ambos, prosistas y poetas, tratarán a fin de cuentas, de lo mismo, sacarán igual esencia: la soledad.

Pero va de reto, ¡señores!, que hay dos soledades: la soledad del mar y la soledad de la tierra. Trágicas las dos, rechazables a veces y otras apetecidas.

Recordamos el ansia de soledad de Santa Teresa o de Unamuno. Y ya que a Unamuno nombro, me gustaría tomarme ciertas libertades, como él hizo con las palabras, y decir por mi cuenta que una de las soledades, la tantas veces deseada por los místicos y poetas deber ser "solitaridad".

Solitaridad tantas veces deseada, soledad segura donde hacernos, círculo que nos aísle, jaula que paradójicamente nos entrega nuestra propia libertad. Y nada mejor para el poeta que este destierro en el paisaje de Lanzarote, estos campos solitarios donde el verso más íntimo se vacía de toda veleidad y crece y se hace humilde y aprende la lección tan seria de la sencillez y el adorno escaso. Aquí el poeta está obligado a la síntesis más difícil, al recogimiento más austero del verso, si quiere encontrarse con el alma de la isla. Hasta en mi enfrentamiento con la estación de las flores tuve que confesar que mi verso quedaba largo

para adornar con sus galas  
tan pequeña primavera.  
Mi verso quedaba largo  
para el canto de los grillos  
y la flor de la tunera.

Se me dirá, se le dirá a los poetas isleños por qué ese afán en buscar su libertad y sus soledades en el espacio tan cerrado del interior de una isla. ¿Acaso no tenemos el mar a la mano? Amplio es el horizonte marino para la imaginación creadora, grande el océano para sentirnos libres. ¿Cómo es que los poetas no suelen hacer del mar fuente principal de sus inspiraciones?

No nos engañemos. El mar nos ata y encarcela. Ya el crítico Domingo Pérez Minik lo definió como "anillo azul en la pata de la paloma". Y Pedro García Cabrera, el magnífico poeta surrealista, en su libro *Las islas en que vivo*, nos dice:

Tiempo falta a la mar  
para entenderse con nuestras soledades.  
Le pedimos todo lo que no tiene:  
libertad y esperanza.  
La mar siempre está entera,  
La mar salva o ahoga,  
pero no es artesana de los sueños.  
Si quieres libertad hazla en tí mismo.

## MOTIVACIONES LITERARIAS DE LANZAROTE

Detengámonos un poco en estos pensamientos, que si son escuchados de poeta a poeta, hemos de convenir en su razonable juicio, su discutible aserción: “La mar salva o ahoga, pero no es artesana de los sueños”. Y no puede ser artesana de los sueños, porque “la mar siempre está entera”. Y el sueño como la poesía, poceden de una realidad lástica, como un “puzzle” sentimental desorganizado que sólo el poeta tiene la facultad de reconstruir. Argüirán ustedes que hay poetas que han cantado al mar. Y yo les pido perdón por omitir el calificativo de surrealistas en poetas como Tomás Morales, Negrín, o Francisco Jordán y otros, modernistas o parnasianos que tomaron el susto de la potencia marina, a la manera simple o grandiosa del espectáculo, como lo hacen los narradores en su prosa. Una emoción real, magistralmente tratada en las plumas más expertas, donde persiste el lema: la mar salva o ahoga. Pero no es fábrica de sueños ni milagros como los esperados por el dueño de la copla: A la mar fui por naranjas cosa que la mar no tiene.

Y es que al objeto surrealista se le puede definir como al milagro, con la suspensión de sus leyes naturales. Y curiosamente, el mar, la mar que siempre está entera, no entra, o lo hace en muy contadas ocasiones, en el procedimiento de una irrealidad sugestiva que nos lleve, como creadores, a trascender la lógica final del objeto. Porque la mar no se parte como la piedra que nos puede dar las dos imágenes de la misma cosa, como dijo Bretón en su Manifiesto del surrealismo, y por esa misma cualidad indivisible del mar, en él no hallaremos nunca “el encuentro fortuito, en un plano adecuado, de dos realidades distantes”. Sin embargo, y a pesar de lo dicho, hemos de convenir en algunas muestras literarias, donde el mar ha sido forzado a entrar de lleno en el surrealismo. Recordemos el más bello libro surrealista de los Evangelios, escrito por los mejores poetas del sueño y la esperanza que fueron los apóstoles. Veamos la preciosa operación llevada a cabo con tijeras surrealistas cortando el Mar Rojo con igual destreza y milagro que logró el poeta partiendo por gala en dos el rubí de unos labios de mujer. Reparemos también en el agua que por un momento sirve de sólido soporte a los pies de Jesús. De surrealista, poetas domadores del mar, tenemos ejemplos en la de la Literatura. Homero transforma el mar en “vinoso Ponto” y extrae de él toda una sorprendente animalía irreal. Pero en esto sí que se integra el mar de pleno en las disciplinas del surrealismo. El pez, que no es el mar en sí, sino objeto marino, salta del agua con alguna frecuencia para caer en lienzos o poemas. Mas el pez fuera de su elemento sólo puede ser entendido como cadáver metálico, representando la muerte, la frialdad o el espanto. Acaso el estupor de la vida que escapa fugaz y coletea inútilmente en el aire con la sorpresa que tanto se adivina en la quietud asustada de sus ojos picassianos. Del pez, lo que el poeta nos ofrece es la muerte, donde quiere ahondar.

Del mar, ese grandioso animal fantasma que ni nace ni muere, pero tiene el poeta que extraer. Mejor dejarlo en manos de narradores, que aferrados al timón de sus obras sueñan valientemente con dilatadas singladuras ricas en

materiales y realistas designios para la tragedia humana. Será verdad, también, que el mar le queda demasiado holgado al poeta. De todas formas, relacionando los atractivos que la isla de Lanzarote tiene para los creadores literarios, no es difícil percatarse de cuál será el camino para el poeta y cuál para el novelista.

En novelas recordamos *La Lapa* de Angel Guerra, donde el mar lanzaroteño está tan bien observado y definido. Lo define el novelista en diversas ocasiones, ya formando núcleo principal en el corazón de su personaje Martín, ya en su vocación marinera, como relleno o desamparado entorno de su soledad. Recordemos aquel magnífico capítulo que Angel Guerra titula "Paréntesis" en el que pretendiendo la descripción del Roque del Oeste es el mar quien manda en su pluma, quien le remueve el alma. "Junto a su base, nos dice, las ondas se revuelven, se encrespan, se agigantan, saltan, baten la roca con traidores remolinos. Al pie del Roque, en los covachos, como guardia de monstruos, el agua rezongando clamorosa dentro, escupe al aire sus espumas". "Como tierra maldita, condenada a vivir en perpetua soledad, la huyen los navíos de altura y las barcas de pesca, que aun ni en los días de calma solemne se aventuran a pasar cerca, dejando detrás la huella de las quillas, la alegre melancolía de las estelas como un camino por donde han ido contando sus esperanzas y sus tristezas los eternos romeros de la mar."

"Eternos romeros de la mar." Muertos o vivos, costeros de la isla, naufragos, sufridos pescadores, ya en el fondo marino como en tierra, flotando trágicamente en la barca de la vejez, entre el oleaje de la pesadilla y el insomnio, conservando en la bitácora de sus cuerpos de vieja madera carcomida la brújula inamovible del recuerdo que apunta al horizonte de la heroicidad y la pobreza.

Gran tema. Grandes temas. Filón inagotable para los narradores que desean desentrañar la misteriosa "solitaridad" del isleño.

En busca de esa solitaridad, recaló por Lanzarote otro gran novelista, Ignacio Aldecoa, un tanto bronceado ya por su estancia en el Gran Sol y su brega marinera a bordo del "Ariel". Tuve la suerte de conocerlo en Tenerife, por los años sesenta, recién sacudidas de sus zapatos las arenas de La Graciosa. Tenía Ignacio algo de sal amarga en el rostro y una ligera puntadita en la cruz del pecho, que más que a toque de infarto, parecía deberse al desánimo y fatiga el escritor consciente. Porque su novela *Parte de una historia* no le había salido como él pretendía. Porque el reflejo nacarado de la playa de Las Conchas le cegó un poco la vista y no pudo entrever con profundidad temática el naufragio del "Bloody Mary". Ya lo dice él: "En mi alcoba, la arenilla ha penetrado como tamo y está en todas partes. Me echo sobre la cama. Montaña Amarilla, las playas. Las Conchas del naufragio, el acantilado van desapareciendo de mis ojos, y sólo siento cómo va atardeciendo y anochece y ya es de noche y en la ventana todo es negro. Me levanto cansado y sediento. La frente un poco ardiente, pero no de fiebre."

A Ignacio Aldecoa le faltó meter un dedo en el agua y remover el mar y sus

gentes, como lo hiciera en Gran Sol, y tal lo han hecho siempre los grandes autores como Baroja, Hugo, Melville, Stevenson, o Hemingway. Pero bien es verdad que, esta vez, el novelista buscaba algo distinto a lo que podía escuchar en las conversaciones de la tienda de Roque, “habladurías” nos dice Aldecoa, que son como la contemplación de una vieja carta marina poblada de la serpiente y el Kraken, el leviatán y los crestudos monstruos de ojos saltones, que seguían las estelas o se ovillaban en la maraña de los paralelos y los meridianos. “Ciero los ojos —dice— y las palabras van dibujando tentáculos gruesos como calabrotes, mandíbulas pobladas como navajas, ojos que arrojan rayos fulminantes, picos gigantescos y curvos, capaces de partir a un hombre por la mitad, colas que fustigan un barco hasta hacerlo naufragar. Pero esto es el me contaron, el una vez alguien dijo en el sur, el cuando mi compadre navegó en un mercante. Este mar de los novelescos horrores deja pronto su lugar al mar del trabajo y de los sufridos peligros.”

Bastaba ver el rostro del novelista en aquel entonces, bastaba oír su voz desanimada y contemplar su gesto cansino y un tanto indiferente para sospechar que no había venido a las islas para luchar con la poderosa y fantástica animalía de los mitos marinos. Venía, eso sí, buscando los silencios del pescador de bajura, el sol de su soledad durante el día, y en la noche desvelar su conciencia creadora, que si vana o profunda, contemplando el timple insonoro de las estrellas en el mar. La Graciosa y sus gentes ¿qué otra cosa mejor le podían ofrecer?

Y yo imagino, lo he imaginado siempre en el recuerdo, a Ignacio Aldecoa, una vez terminada su obra, apagados ya en su memoria los sentidos de luz y de rumor, caminando sobre la arena humedecida de la playa de Las Conchas como un gladiador dorado por el sol y vencido por el viento, disponiéndose a dejar la isla donde quedara como una barca con sus cuadernas abiertas y calcinadas. Parte de una historia, repitiendo la emoción de aquel espinazo resequido, esqueleto del gran pez, despojo de una lucha con el mar, que en otra ocasión dejó abandonado en una playa de Cuba el viejo pescador de Hemingway.

Mar, naufragios y vencimientos han tenido los novelistas en las islas para aferrarse con sus manos expertas a timones y cordajes. El mar seguirá siendo el gran tema isleño hasta nuestros días, cuando recién acaba de publicarse *Océano*, de Alberto Vázquez Figueroa. Pero hay una novela a la que por fuerza tengo que referirme aquí ya que soy su autor. La novela en cuestión es *Mararía* y se preguntarán ustedes, cómo siendo obra de novelista, isleño por demás, y tratando de Lanzarote, surge como obra del “interland”, dándole un tanto la espalda al mar. Aquéllos de ustedes que la hayan leído, antes de llegar a su mitad se habrán dado cuenta de cuál ha sido mi pecado. Ya la crítica se percató de que *Mararía* fue escrita por un poeta más que por un novelista. Y razón tuvo la crítica y razón tendrán ustedes si en el fondo de esa copa literaria más encuentran azúcar que sal. Porque *Mararía*, antes que novela, he pretendido

que fuera una emoción. Emoción significativa, es decir, que conlleva una finalidad. Mararía a poco que se la observe, es también la isla de Lanzarote. Magia del poeta que no ha querido reducir el acontecimiento a sus justas proporciones. Por eso y recordándoles una vez más que el mar no es divisible, el material con que ha sido hecha *Mararía* he tenido que buscarlo en las lavas del interior isleño, donde gracias al fuego, que ya me figuro corazón ardoroso, la isla eclosiona con su doble imagen de mujer.

Y no es aquí, en la novela, donde *Mararía* surge por vez primera. Ya con anterioridad devino predibujada entre tercetos como María de Femés, en un libro que titulé *A la sombra de los cuervos*, con temática de Lanzarote.

María la de Femés  
ahora por estar vieja  
nadie recuerda quién fue.

Tenía los labios tintos  
como las flores de Pascua,  
delgados como cuchillos.

Los ojos como dos higos  
como dos higos tunos  
con las pestañas de picos.

Las pupilas como cuevas  
como las cuevas de guanches  
como un secreto de piedra.

Los hombros de media luna  
los pechos como dos teides  
y el vientre como una duna.

Tenía piernas y brazos  
tan lisos y tan redondos  
como las ramas de un drago.

Altas las piernas, altas  
para mecerse en el aire  
como las palmas canarias.

Era arisca como un cacto  
y al hombre que la rozara  
le sangraban las manos.

Alguien, no sé quién, me dijo  
"Para llamar a los hombres  
silbaba como los mirlos".

## MOTIVACIONES LITERARIAS DE LANZAROTE

María la de Femés  
ahora por estar vieja  
nadie recuerda quién fue.

Tronco torcido de vid,  
el tiempo calcó en su cuerpo  
arrugas de malpaís.

Secas sus piernas, reseca,  
lo mismo que a los camellos  
se le volvieron de arena.

Hoy la crucé en el camino.  
Flaco mástil. Con el viento  
silbaba igual que los mirlos.

Surgido fue este poema con punta de cuarzo, burilando en las lavas lanzaroteñas, contorneando la simbólica belleza de la isla, con intenciones de fundirla en esa hoguera expiatoria que luego prendería en la novela por mor de lograr la ceniza trascendida. Cenizas trascendidas, cenizas de Mararía o cenizas de los volcanesancelóticos, es igual. Cenizas son de la isla para disfrazar las apetecibles riquezas y entresacar su corazón de fuego latiendo solitario y tantas veces malcomprendido como emoción insuperable y profunda, rechazadora de toda lisonja banal.

Otras connotaciones tiene *Mararía*, desde luego, y ya han sido analizadas por indagadores especializados. Pero creo importante hacer hincapié especial, antes que nada, en la conciencia del natural de Lanzarote respecto a los valores, llamémoslesancelóticos, de un paisaje "sui generis" a cuidar, ya que a través de la parquedad, la pobreza, el espacio vacío, el sacrificio humano de la agricultura y hasta la consecución de una muerte limpia y soleada, representan la casi insondable verdad de la más digna existencia. Una verdad poética, por supuesto, que a tantos extrañará, como puede extrañarles mi reacción en Femés ante el paso de un hijo de la rubia Albión:

Los ojos azul de agua  
de mares que ya no sé.  
Los ojos azul de agua  
deseconsolando a Femés.  
Rubio se quedó el desierto.  
Rubio el sol como un inglés  
Rubio se quedó el desierto  
atado de aquellos pies.  
Rabia me daba, rabia  
el paso del hombre aquel.  
Creí que ya no eran más  
las arenas de Femés.

¿Premonición de rapto? Bien pudiera ser, porque al rapto y la piratería ha estado expuesta Lanzarote desde tiempos remotos. Dígalo si no el viento arrasador de la isla o el moro adivino de la gracia tras el embozo, moro histórico, siempre al acecho para el rapto de la encubierta belleza. Recuerden los lectores de la novela las intenciones frustradas del jarandino con Mararía. Fenicios o cartagineses, árabes o berberiscos, han trampeado la isla para apresar sus valores. Recordemos el rapto de la princesa Ico y el de Laurencia. Por tanto creo que hice bien quemando el personaje femenino de mi libro. Hice bien quemando la isla de Lanzarote. Y hacen bien los poetas, los arquitectos y alcaldes de los pueblos lancelóticos en ponerle turbantes a las chimeneas de las casas y crean los cazadores foráneos que la isla es plaza tomada y pasen de largo. Que así sea y no ocurra de nuevo lo que desde la antigüedad del romancero se nos advierte:

Mañanita de San Juan  
como costumbre que fuera  
las damas y los galanes  
a bañarse a las Arenas.

Laurencia se fue a bañar  
sus carnes blancas y bellas  
vino un barquito de moros  
y a Laurencia se la llevan.